

pleto que se tiene al objeto que nos cautiva. ¡Ah, mis amados! ¿comprendeis este lenguaje? Estos cuatro predicamentos del amor, la nobleza, la pureza, el desinterés y la totalidad de afecciones hácia un objeto, ¿lo habeis poseido alguna vez? No; porque hay en las acciones del hombre un gérmen de mezquindad, que le hace obrar por su propio interés y empaña algun tanto su nobleza; hay tambien la mutabilidad, que lo hace inconstante; amamos á Dios en este mundo, y muy pocas veces fijamos nuestra vista en sus infinitas grandezas, y muchas son las que nos ocupamos de los premios que nos ha de dar; amamos tambien á las criaturas, porque encontramos en ellas la satisfaccion de nuestros ideales, y no podemos perseverar largo tiempo en estas mismas afecciones que tanto nos apasionan y arrebatan, porque aparecen otras que tienen más dotes y hermosuras, y despues de haber consagrado nuestro corazon al primer objeto, destruimos cuánto hemos edificado, y alzamos un ara al último que ha cautivado nuestro espíritu. ¿No es este, amados míos, el estado normal del corazon humano? Excepto algunas almas nobles y sublimes por sus sentimientos, son muy pocas las que no dicen con David «que inclinan su corazon á hacer las justificaciones del Señor por la esperanza de la retribucion.» Y en cuanto á los que se dedican á amar las cosas de la tierra, claro está que no tienen firmeza en sus deseos, porque provienen éstos de las pasiones de un corazon corrompido. En éstos, desde luego, el corazon no tiene verdadera vida moral, porque la podre y el fango no pueden animar al que por su destino pertenece á lo espiritual; en aquellos, aunque el principio es noble y sublime, les falta la omnímoda generosidad y el total desinterés y el absoluto conocimiento del objeto amado; tienen ya iniciada la vida dichosa, la vida moral del corazon, pero no es posible que ésta sea completa en este mundo.

Ninguno de estos óbices habia en el amor de María para con Jesus; lo amaba con nobleza, generosidad, desinterés y totalidad; lo amaba libre y necesariamente, porque habia recibido de Dios el dón de la impecabilidad, y era tan íntimo y profundo, tan cierto y evidente el conocimiento que tenía de la Divinidad, que no podia ménos de amarla, concurriendo en ella de un modo maravilloso la evidencia que tienen los Santos en el cielo, y el mérito de la fé que realza al justo en la tierra. Porque, digámoslo de paso, el amor que tienen á Dios los bienaventurados es libre, porque el amante y el amado son dos agentes libres; y es necesario, porque, como dice el angélico Doctor con todos los teólogos, es tan evidente y completa la idea que se tiene de todos los atributos y perfecciones divinas, que no puede el hombre ménos de amar á Dios y fijarse en Él como en su propio centro, del cual nadie lo puede desviar, porque comprende con toda evidencia que todos los demás objetos son infinitamente inferiores al Dios que se le manifiesta; Dios entonces es el océano de las bondades y perfecciones, y el alma es el rio que se precipita en Él, sin que ningun otro objeto pueda impedirle el paso, la union y la fruicion.

¿Creeremos que el amor de María era inferior á éste? Aquella alma, á quien, áun estando en el cuerpo mortal, Dios concedió, como piensan muchos teólogos, las dulzuras y goces de la vision beatífica, ¿podia dejar de amar á Dios con un amor necesario? No; porque Dios era su Hijo; era Dios una parte del corazon de María, y necesariamente lo amaba, porque necesariamente amamos nuestro propio corazon. ¡Ah! Yo ignoro si será posible continuar en esta materia, porque empieza ya á tocar en una region que no es nuestra; estamos entre lo inmenso y lo infinito, á donde no sube el hombre ni el ángel; pero preciso es que hagamos un esfuerzo para poder examinar el desamparo de María, que es desde luego infinito por su

origen. ¡Qué prodigio, amados míos! Excepto María, todo lo que hay en ella es infinito; infinita es su dignidad, infinita su maternidad, infinito su amor hácia Jesús, infinitos sus dolores, infinitas sus penas, porque la causa que los produce es infinita. Su soledad y desamparo, ¿serán acaso infinitos? Sí, amados míos, porque también traen su origen de un principio infinito.

Mírese como se quiera la posición de María después de enterrado su Hijo, y se echará de ver que todo conspira á trastornar su corazón y llenarlo de amarga soledad. Ora recuerde las caricias de su Hijo en sus primeros años, ora su gracia y hermosura en la niñez, ó bien su bondad y clemencia en los últimos tiempos de su vida, todo desaparece ante la triste idea de haberlo perdido y de estar en el sepulcro. Esta tétrica morada es el punto donde residen todos los pensamientos de María; enajenada de todo cuanto hay en la tierra, absorta en la más profunda meditación de las grandezas de su Amado, lo quiere considerar en los más bellos momentos de su vida, ya dando consuelo á los tristes, ya mandando á los elementos, ya confutando á los protervos, y no le es posible continuar; cual avecilla inocente herida en una de sus alas, que en vano intenta subir á las nubes, María quiere volar á lo sublime de su Hijo, y siempre cae en lo ínfimo, en las humillaciones, en la muerte que ha sufrido y en la losa que lo cubre. Allí están encerradas todas las esperanzas de María, porque allí está también encerrado todo un Dios. ¡Tanto es el extremo de humildad del Sér divino! ¡Tanta la fuerza del amor hácia nosotros, que lo llevó al Calvario, á la muerte y á la tumba!

Sí; Dios está entre las sombras de la muerte; esta sola proposición nos debiera arrancar las más amargas lágrimas, si la considerásemos con la atención debida. ¡Dios muerto! ¡Dios entre cuatro losas de mármol! ¡Dios tendido entre los difuntos! ¡Dios recibiendo honores fúne-

bres! Si esta idea nos espanta á nosotros que no examinamos las cosas con toda la detención y escrupulosidad que merecen, ¡cuánto no consternarían á una alma que vivía entre los mismos resplandores de la Divinidad! ¡Cuánto no contristaría el corazón de una Madre, que había engendrado á este Dios en su vientre purísimo! ¿Hay aquí alguna madre de corazón noble, generoso y tierno? Sí; allí hay una, que obtuvo del cielo un hijo, hijo precioso, que era su hechizo, su encanto, su sostén, su gloria; y tuvo la dicha de vivir á su lado algunos años, siendo aclamada dichosa por cuantos la veían; hijo que espiró cuando ménos se esperaba, llevando al sepulcro el corazón, las esperanzas y la ventura de la que le dió el sér. ¡Hablad, pues, por mí, noble matrona, porque la elocuencia del corazón es más sublime y convincente que la de la ávida razón; habla, y dinos lo que pasa en ese tu amante corazón; dinos, ¿dónde lo tienes? «¡Ay! En mi Hijo, la oigo decir; nadie sino yo conocía aquella bondad de que el cielo lo dotara; sola yo comprendía sus perfecciones; sola yo tenía idea exacta de lo que Él valía, porque habíamos casi cambiado nuestros corazones; Él tenía el mío; yo tenía el suyo; pero murió, y en vano derramo mi vista en los objetos que me rodean, porque mi corazón está con el de mi Hijo en el sepulcro.» ¡Ah! Esta respuesta es de esa Madre desdichada que tanto ha llorado en su soledad. María sola comprende su pérdida, porque sola ella tiene un conocimiento exacto de lo que era su Hijo precioso.

No pudiendo hallar consuelo en los objetos terrenos, lleva sus miradas al sepulcro, y las fija en Él para contemplar al objeto que encierra. ¡Ah! dice: ¿es posible que quepas tú en el corto espacio de una hoya, mi amado Jesús? ¿No eres Tú el resplandor de la gloria del Padre y la figura de su sustancia, y el que lleva sobre sí todas las cosas con la palabra de su virtud? ¿No eres el Criador y

Conservador del mundo? ¿No es la eternidad tu origen, la eternidad tu duracion, la inmensidad tu sér, tu saber lo infinito, lo inmensurable tu medida? ¿Cómo, pues, puede el tiempo con tu existencia? ¿Cómo están tus inaccesibles luces entre las sombras del sepulcro? ¿Cómo has podido ceder tu vida á la cruel muerte? ¿No eres por ventura tú el que mide los mares con la mano, el cielo con el palmo y la tierra con el puño, el que pone las montañas en balanza y las colinas en el peso? ¿Cómo, pues, has entrado en la triste bóveda, que sólo debe cubrir cenizas y podre, no glorias increadas y poder infinito? ¡Ay! ¡No respondes, hijo mio! ¡No hablas á tu madre! ¿Por qué gocé de tus ósculos en la cueva de Belen? ¿Por qué te suspendí á mi seno? ¿Por qué te ví crecer con gracia, y ciencia, y hermosura? ¿Por qué te ví aplaudido, admirado, adorado y bendecido de los pueblós, para llegar á este momento, en que ya no existes? A lo ménos, en la Cruz aún respirabas, aún oí tu dulce voz; á lo ménos, despues que entregaste tu espíritu, te pude contemplar de cerca y abrazarte; veia aquellos ojos modestos y humildes, que te distinguian de todos los hombres; veia aquellos lábios, que tantas palabras de vida habian pronunciado; veia aquellos piés, que tanto se fatigáran por los pecadores; veia aquellas manos, que obráran tantas maravillas; pero, ¡ahora! Ahora todo ha desaparecido.

Con este conocimiento tan vasto como tiene María de la grandeza del objeto que ha perdido, ¿quién podrá consolarla? La naturaleza con todos sus encantos se presenta en la alborada, haciendo resaltar por todas partes la alegría y el placer que inspira á quien la observa; derrama en ella María una mirada, y no encuentra en ningún objeto ni animacion ni movimiento; todo es para su alma un vasto sepulcro, porque, muerto su Hijo, todo ha muerto para su corazon; modulan las avecillas mil y mil cantos, que entusiasman el espíritu; pero al corazon de

María no llega más eco que el que repite su corazon: *la muerte, el sepulcro*; igual eco interrumpe el silencio de la noche; igual rumor precede los pasos de María, no resonando por todas partes más que la voz del sepulcro y de la muerte de su amado.

Contempladla, amados míos, en las dos noches de su amarga soledad; cuantas personas la rodean, no hacen más que agravar sus penas, aunque involuntariamente. Aquí aparece Pedro, que despues de haber negado á su Maestro y llorado su culpa, viene á postrarse á los piés de la Madre desafortunada y á pedirle perdon; allí llegan llenos de espanto otros discípulos; á un lado está la Magdalena y las otras piadosas mujeres; al otro el virginal apóstol que la consuela como buen hijo. ¡Qué cuadro tan triste para una Madre como María! Uno refiere aquella mirada compasiva que lo ha convertido, recordando que anduviera con él sobre las aguas, que recibiera la promesa de ser la piedra de la Iglesia; otro recuerda que tuvo la bondad de admitirle á sus más íntimas confianzas; aquélla llora aún, acordándose del amor con que la perdonó; ésta relata las palabras dulcísimas de sus lábios, y todos concluyen con una misma aspiracion, todos exclaman con dolor: «¡Por qué has muerto, Maestro Divino, Redentor suspirado, Dios amoroso!» Y no hay una sola voz entre todas que no lleve al corazon de María el triste sonido de muerte, sepulcro y horror.

Era entónces cuando esta alma purísima exhalaba suspiros de amor hácia su Hijo amado; más angustiada que David, «sálvame, decia; sálvame y líbrame de la tempestad, ¡oh Dios mio! porque han penetrado las aguas de la amargura hasta lo más íntimo de mi alma. Me encuentro atollada en lo más profundo del abismo del dolor, y no hallo consistencia. He llegado á lo más proceloso de la tribulacion, y me ha envuelto en sus torbellinos la furiosa tempestad. Del fondo de mi corazon he

sacado fuerzas para sufrir al lado de mi Hijo todo el furor de los verdugos que lo crucificaron, pero ya no tengo este corazon en su lugar; se encuentra trastornado desde que mi tesoro yace en el sepulcro.» *Subversum est cor meum in memetipsa.* Y al decir estas razones amorosas, no se elevan al cielo aquellos ojos divinos sin que broten de ellos dos torrentes de lágrimas, á cuya sola vista lloraba toda la naturaleza. ¡Ay, llorad, llorad, triste Madre! ¡Quizás desahogándose ese pecho nobilísimo del terrible dolor que lo oprime, os acordareis que teneis aún un corazon que muy pronto será colmado de gloria y de felicidad al ver á tu Hijo amado más esplendente que mil soles y más cándido que el níveo cendal, despues de salir victorioso de entre las sombras de la muerte.

Hé aquí, amados míos, cómo la más feliz de las mujeres se convirtió en la más desventurada de las madres al ver á su hijo Dios en la region de la muerte. No vivia María sino por Jesus y para Jesus; era esta su felicidad omnímota; era esta su gloria; no viviendo, pues, el Hijo, ¿podria vivir la Madre? Vivió, sí, pero fué por un portentoso del cielo; porque es concebible que respire la Madre aún cuando esté su Hijo entre las agonías y tormentos, que viva aún cuando aquél haya entregado su espíritu; más ¡estando éste en el sepulcro! ¡Ah! María no podia vivir sino por milagro, porque no tenía el corazon entre los límites de la vida, sino en la region de la muerte: *Subversum est cor meum in memetipsa.*

Al concluir una materia tan lúgubre, permitidme que os pregunte si acompañais á María en su amarga soledad; porque yo advierto en la sepultura del Señor dos grandes acontecimientos, que exprimen por una parte la dureza, por otra el amor: muere Jesus, y llora el cielo, escondiendo su luz; llora la tierra, dando fuertes sacudidas; llora la muerte, restituyendo á la vida las víctimas que guardaba; lloran las piedras, pues se hienden; y, por fin,

lloran los ángeles, pues suspenden sus melodías: hé aquí llorosa la misma naturaleza insensible; hé aquí llorosos también aquellos espíritus á quienes no les late un corazon de hijos; y entre tanto hay una porcion de hombres que se alegran en la muerte de Jesus, sin compadecerse de la desgraciada Madre. ¡Ah! yo haria una injuria bien notable á vuestra fé y piedad si me atreviese siquiera á preguntaros de qué partido sois: si de los que en tan triste suceso lloran, ó de los que se alegran. Sois, á no dudarlo, hijos amantes de vuestra Reina y Madre dolorosa, pues habeis venido al sagrado recinto á ofrecerla una lágrima que aún arranca á vuestros ojos el dolor de la muerte de Jesus, á pesar de haber sucedido hace diez y nueve siglos. Sea, pues, amados míos, nuestra tristeza en la muerte de Jesus una tristeza fructuosa, que tenga su origen en la consideracion de haber causado con nuestros crímenes la muerte del Hijo de María, y entónces asomará en nuestras almas la alegría de la gracia, cantando con el divino Pablo: «Cristo murió por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificacion.» *Mortum est propter peccata nostra; resurrexit propter justificationem nostram.* Así sea.